

se parece tanto al infame Coppelius, me ha perseguido todo un día como un espectro amenazador; le he soñado, y durante la noche me desperté varias veces profiriendo gritos de espanto. No te enojés, amigo mío, si llegas á saber por la contestación de Lotario, que desde el día siguiente recobré la tranquilidad y la calma, desechando los fantasmas de mi imaginación, pues te confieso que lo sobrenatural no me parece muy admisible en esta historia. Coppelius podía ser el más repugnante de todos los hombres, y comprendo tu aversión de niño al ver su salvaje aspecto. Has hecho la personificación del *hombre de la arena* tal como podría hacerla un espíritu infantil impresionado por cuentos de nodriza. Las entrevistas nocturnas de Coppelius con tu padre no tenían seguramente más objeto que el de practicar operaciones de alquimia; tu madre se afligía porque este trabajo debía ocasionar gastos muy crecidos, sin producir nunca nada; y por otra parte, tu padre, absorbido por la pasión de hacer oro y de encontrar la piedra filosofal, descuidaba los asuntos de su casa y sus afecciones de familia. La muerte del autor de tus días me parece el resultado de una imprudencia; ciertas combinaciones de materias fundidas pueden determinar una explosión más ó menos temible; y esto lo sé por un químico que me citó muchas sustancias cuyos extraños nombres no transcribo aquí porque los he olvidado.

Sé que vas á compadecer á tu pobre Clara, que no cree en lo fantástico, ni ve en el mundo las cosas sino bajo su aspecto más natural. ¡Ah! querido Nataniel: ¿existirá alguna fuerza oculta, dotada de tal ascendiente sobre nuestra naturaleza, que pueda arrastrarnos por una senda de desgracias y desastres? No, Dios nos ha dado la luz del espíritu y la piedra de toque de la conciencia á fin de que con su auxilio nos sea posible reconocer en todas partes, sean cuales fueren las

formas con que se revista, al enemigo que nos persigue. Si recorremos con firme paso, fija la vista en el cielo, la senda de la virtud, la fuerza oculta tratará inútilmente de atraernos á sus lazos. Puede suceder que, durante algunos momentos, nuestra imaginación se deje fascinar por fantasmas engañosos, cuyo aspecto nos parece realmente amenazador; pero estos fantasmas no son otra cosa sino pensamientos alterados por una especie de fiebre que les presta formas extravagantes, tomadas, según nuestra disposición, de las nociones en que nos hemos imbuído respecto al cielo ó al infierno. He aquí, querido Nataniel, cómo mi hermano y yo tratamos esas altas cuestiones de las fuerzas ocultas. Ya ves que los misterios no atemorizan á todo el mundo, y que aun hay jóvenes bastante atrevidas para razonar en vez de temblar. Desecha, pues, de tu memoria, yo te lo suplico, las hediondas figuras de Coppelius y del vendedor de barómetros Giuseppe Coppola. Si tu carta no llevase en cada línea el sello de una gran exaltación, me regocijaria mucho decirte todo cuanto me ha ocurrido de extraño respecto al *hombre de la arena* y á Coppelius, el abogado-trafficante en barómetros; pero lo dejaré para otra vez.

Si los temores te acometen de nuevo, ven á ocultarte bajo mis alas; yo seré tu genio del bien; nada conozco más eficaz que una alegre carcajada cuando se quieren desechar para siempre los monstruos fantásticos. Siempre tuya, amado mío.

NATANIEL Á LOTARIO

Me ha contrariado mucho, querido amigo, que gracias á mi necia distracción, Clara haya leído la carta que te escribí. La maliciosa joven se ha burlado com-

pletamente de mis palabras, y no obstante, á pesar de sus razonamientos contra lo que ella llama mi fascinación, estoy seguro de lo que mis ojos han visto.

Por lo demás, he reconocido que el traficante en barómetros y el abogado Coppelius son dos individuos del todo diferentes. Ahora tomo lecciones de un célebre físico llamado Spalanzani, de origen italiano, y este hombre conoce hace largo tiempo al Giuseppe Coppola, que tiene el acento piamontés; mientras que Coppelius era alemán, bien alemán. Y ahora, por más que tu hermana y tú creáis que tengo la cabeza hueca, os diré que no puedo borrar de mi mente la impresión de la fatal semejanza que me llamó la atención en un principio. Spalanzani es un personaje bastante extraordinario: figúrate un hombrecillo como una bola, con los pómulos muy salientes, la nariz afilada como la hoja de un cuchillo, los labios mal contorneados y los ojos brillantes como carbunclos. Ultimamente fui á su casa para presenciar algunos experimentos: al pasar por el vestíbulo, observo que la cortinilla verde de una puerta vidriera no está corrida como de costumbre; me acerco maquinalmente, y veo una mujer hermosísima sentada en medio de la habitación, con los brazos apoyados en una mesita; como está de cara á mí, mis ojos se encuentran con los suyos, y observo, poseído de asombro, á la vez que de temor, que sus pupilas carecen de mirada: hubiérase dicho que aquella mujer dormía con los ojos abiertos. Oprimido el corazón y ardiente la cabeza, deslízome en la sala, donde un numeroso auditorio esperaba las lecciones del profesor. Alguno me dijo que la mujer misteriosa era Olimpia, hija de Spalanzani, quien la tiene secuestrada en su casa. Tal vez esa linda joven sea idiota, ó quizás Spalanzani tenga otro motivo muy legítimo para obrar así: yo lo averiguaré. No quiero cansarte más con mis rarezas, pues muy pronto hablaremos de viva voz y

más despacio. De aquí á quince días, á más tardar, estaré á tu lado, amigo mío, y cerca de Clara, y mi pobre imaginación se calmará bajo la dulce influencia de su mirada amorosa. Adiós.....

I

La historia de las maravillosas aventuras del estudiante Nataniel hubiera podido comenzar muy bien en el punto en que envía al diablo al traficante en barómetros. Las tres cartas que mi amigo Lotario tuvo á bien comunicarme, son como tres pinceladas trazadas al acaso en el lienzo; se trata de bosquejar facciones y hacer después el colorido. Entremos en materia.

Poco tiempo después de morir el padre de Nataniel, Clara y Lotario, dos niños de lejano parentesco, fueron recogidos en la casa de la madre de nuestro héroe. Clara y Nataniel se profesaron pronto una mutua simpatía, y ya eran novios cuando el segundo hubo de marchar á la ciudad de G***, donde debía terminar sus estudios: acabamos de ver que asistía al curso de física del profesor Spalanzani.

Clara no era hermosa en la acepción vulgar de la palabra: un pintor no habría visto en los contornos de su busto, de sus hombros y de su seno más que la imagen de la castidad; pero tenía un cabello magnífico, que la rodeaba como un velo, y la blancura de su cutis satinado podía competir con la de la nieve. Un fanático por la belleza habría comparado los ojos de Clara con los lagos azules de Ruysdael, en cuya lím-

vida superficial se reflejan con tanta pureza los bosques, los prados, las flores y todos los poéticos aspectos del más rico paisaje. Á estas gracias naturales de la joven agregábase una imaginación viva y brillante, un corazón sensible y cariñoso que no excluía lo positivo de lo razonable, como hemos podido ver por su carta. Los espíritus románticos no le agradaban del todo; discutía poco con los que son aficionados á frasear, pero su mirada, llena de malicia, deciales con mucha elocuencia: «Amigos míos, inútilmente os esforzáis para conducirme á vuestro mundo imaginario.»—Esta manera de ver las cosas de la vida hacía juzgar muy diversamente el carácter de Clara: acusábanla los unos de insensible y de prosaica; pero los espíritus privilegiados admiraban, bajo aquella fría apariencia, un sentido exquisito de la más pura delicadeza. Nadie amaba á Clara como Nataniel, á pesar de su férvida exaltación por lo maravilloso; y la joven pagaba su afecto con el más tierno amor. Cuando el joven llegó á G***, en la época anunciada á Lotario, voló á sus brazos poseído de inefable contento, y aquel día Nataniel desechó de su memoria, sin esfuerzo alguno, á Coppelius y á Coppola.

Sin embargo, Nataniel tenía razón cuando escribió á su amigo Lotario que la presencia del maldito traficante Giuseppe Coppola le había sido fatal. Su carácter comenzó á ser sombrío y taciturno, y su alegría se convirtió en tristeza. Sus meditaciones místicas, de las cuales no era posible sustraerle, ocasionaban mucho enojo á la pobre Clara, sin que toda la sabiduría de sus razonamientos bastase para combatir la dolencia moral que mataba á su amado. Cierta día en que Nataniel se quejaba muy formalmente de ver sin cesar al monstruoso Coppelius surgir entre él y sus esperanzas de futura felicidad, díjole tristemente: «Amigo mío, creo, en efecto, que ese hombre extravagante ha llegado á ser tu genio del mal, pero á nadie debes



COPPELIUS

culpar sino á ti mismo, porque su fuerza existe sólo por tu credulidad».

Esta lucha del espíritu contrariaba á Nataniel sin curarle de sus lúgubres preocupaciones; y poco á poco, en su despecho, consideró á Clara como uno de esos seres inferiores que, careciendo del dón de *segunda vista*, no saben penetrar los arcanos de la naturaleza invisible. Todos los días, desde por la mañana, esforzábale para que Clara admitiese sus ideas, y leíale tratados de filosofía oculta; mientras que ella se ocupaba de los prosaicos preparativos del almuerzo, diciéndole á veces: «Creo, en verdad, que tú eres el genio de mi café, porque me es preciso descuidar los quehaceres de la casa, perdiendo el tiempo para oírte discurrir; el agua hierve, el café se vierte en la ceniza, y adiós almuerzo». Nataniel, furioso al ver que no se le comprendía, cerraba sus libros encolerizado é iba á encerrarse en su habitación, sin que se le volviera á ver en todo el día. El enojo y el fastidio predominaron en las reuniones de familia, y cesó la buena armonía entre dos seres que habían nacido para amarse y hacerse mutuamente felices. Sin embargo, el tiempo transcurría, y al parecer llevábase algunas de las excentricidades del pobre Nataniel, que veía la imagen odiosa de Coppelius alejarse cada vez más. El joven enfermo buscó en la poesía una distracción para desechas sus fatales ideas. Cierta día corrió en busca de Clara con un grueso manuscrito en la mano: era un verdadero poema, en el que había vertido todas sus impresiones, explicando sus sueños y todos los sufrimientos de su espíritu calenturiento. Comenzó la lectura en el pabellón del jardín; el aire estaba impregnado de los suaves perfumes de las flores; los últimos rayos del sol poniente doraban las copas de los árboles; Nataniel abrió su cuaderno, y Clara siguió haciendo calceta, prometiéndose cerrar los oídos á una lectura

que en su concepto debía ser muy enojosa; pero cuando el joven hubo leído las primeras páginas, experimentó una agitación singular, cayósele la media de las manos y quedó absorta contemplando á Nataniel, dominado por el entusiasmo de una poesía delirante. Terminada la lectura, el joven arrojó lejos de sí el manuscrito, y con los ojos llenos de lágrimas y el pecho dilatado por los sollozos, inclinóse hacia Clara, cogió sus manos convulsivamente y exclamó con acento desesperado:

—¡ Ah Clara, Clara!

—Amigo mío—dijo la joven, dirigiéndole una mirada compasiva—tu poema es absurdo; arroja al fuego esa maldita obra.

—¡ Loca!—gritó Nataniel levantándose de un salto, y fijando en Clara una mirada sombría, aunque fija y sin expresión.

Y sin decir más alejóse corriendo, mientras que la joven procuraba en vano contener sus lágrimas.

—¡ Ay de mí—murmuraba—jamás me ha amado, porque no sabe comprenderme y me desprecia!

En aquel momento, Lotario se presentó en el pabellón, y al ver á su hermana llorosa, exigió que le explicase la causa de sus lágrimas, pues amábala con la mayor ternura. Dos minutos después corría en seguimiento de Nataniel; alcanzóle y le dirigió amargas reprecensiones. El joven contestó con violencia; entre los dos mediaron provocaciones terribles, y al fin se dieron cita para el día siguiente detrás de la tapia del jardín. Durante el resto del día permanecieron mudos y sombríos; pero Clara lo adivinó todo, porque había visto preparar las espadas de combate, y entonces tembló ante el peligro que la exponía á perder á su hermano y á su novio. Á la hora designada las armas estaban sobre el césped que muy pronto iba á teñirse de sangre; Lotario y Nataniel se habian despojado ya de sus levi-

tas, y con los ojos brillantes y la amenaza en los labios iban á ponerse en guardia, cuando Clara, con el cabello flotante, precipitóse en medio de los dos exclamando:

—¡ Matadme á mí, pues yo soy la causa de vuestro desafío, y juro que no sobreviviré al que sucumba en este espantoso duelo!

Lotario arrojó lejos de sí la espada, y Nataniel cayó á los pies de su novia, murmurando con dolorido acento:

—¡ Perdóname, ángel mío, y tú también, Lotario, pues he sido culpable; pero bien sabéis que os amo, y harto lo prueban mis lágrimas y mi arrepentimiento!

El hermano y la hermana levantaron á Nataniel, y con sentida expresión hicieronse nuevos juramentos de eterno cariño.

Desde aquel día, Nataniel experimentó algún alivio, pues la ternura de los seres que amaba había disipado de su cerebro una parte de los vapores que hasta entonces le perturbaron. Permaneció tres días más en la casa antes de marchar á G..., á donde debía volver para cursar el último año de sus estudios universitarios; y se acordó que al cabo de este tiempo se establecería para siempre en su país natal con su prometida.

La madre de Nataniel ignoraba el desorden que el recuerdo de Coppelius había ocasionado en el espíritu de su hijo, y procurábase ocultarle este secreto para no afligirla, pues no dejaba de llorar la muerte de su esposo; sólo el nombre de Coppelius le producía accesos de desesperación cuando le oía pronunciar.

II

De regreso á G..., Nataniel se encontró con la novedad de que la casa donde él habitaba antes había sido pasto de las llamas, que sólo dejaron en pie dos ó tres